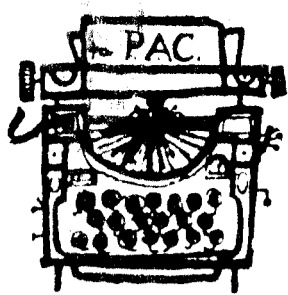


escrito a máquina

El rostro que oculta la máscara



El domingo, al llegar al "Puesto G.N." de Granada, un policía-soldado me obligó a detenerme para la rutinaria y obligatoria compra de una calcomanía llamada "Revisado". Un poco después, al pasar frente a una escuela de la ciudad, los estudiantes habían cruzado una cuerda para detener los vehículos y pedir una contribución para la huelga. Se me acercó un muchacho con una máscara sin facciones y con mucha educación me hizo la petición.

Como es natural, mi mente no pudo menos de comparar y contraponer las dos escenas. En la primera el Guardia no llevaba máscara pero su acción sí, porque me obligaba a comprar una mentira, haciendo ley la burla a la ley. En vez de garantizar la vida y la seguridad de los pasajeros revisando el estado de los vehículos, la autoridad lo que me vendía era una ficción, una calcomanía, un certificado de que no sólo es irresponsable sino que esa irresponsabilidad la hace negocio.

En la segunda parada, la acción no se enmascaraba; al contrario: los estudiantes en huelga levantaban pancartas con los objetivos de la huelga en grandes letras, pero el muchacho que me pidió contribución cubría su rostro con una máscara. Yo me pregunté ¿no será esta máscara el símbolo contrario del "Revisado"? Allá la mentira se descara. Allá la vida y la seguridad humanas se convierten en una calcomanía. Aquí el rostro se cubre como una defensa, porque donde no se respeta la vida ni hay seguridad, el hombre se defiende escondiendo su identidad.

El "Revisado" es el símbolo de un régimen de agresión. La máscara es la defensa instintiva del inerte contra la agresión, defensa que ya Homero ejemplifica en la aventura de Ulises contra el Cíclope. Es bueno recordarla: cuando el monstruoso y agresivo cíclope Polifemo captura a Ulises, le pregunta su nombre; pero el astuto navegante le contesta que se llama "Nadie". Cubre su identidad, la oculta como defensa. El resultado de la treta de Ulises no tarda en manifestarse. Ulises emborracha al monstruo y lo ciega quemándole su único ojo. Entonces Polifemo, rugiendo de dolor llama a gritos a los otros gigantes de la isla; pero cuando estos acuden y le preguntan: —¿quién te hizo daño? Polifemo contesta: —"Nadie". La moraleja del mito la expresa lapidariamente Karl August Horst: "Frente a la fuerza bruta hay sólo una posibilidad de conservar intacta la dignidad humana y es considerarse frente a ella como Nadie". Ese es el oficio de la máscara que en estos días hemos visto aparecer en las manifestaciones y protestas juveniles. Es un arma defensiva, un camuflaje para cubrir la identidad y ocultar al hombre frente a una represión que irrespeta los derechos del hombre.

No cabe duda de que el fenómeno es original; pero para mí lo más importante es lo que revela de la capacidad creadora y del sentido de la aventura de nuestro pueblo. Fue Monimbó, el admirable y heroico barrio indio de Masaya, el que le dio a la máscara un uso en la lucha

libertaria. Acosado por la represión, obligado a una desigual lucha con el Polifemo militar, descolgó sus viejas máscaras tradicionales del Toro Huaco y del Mantudo y ocultó detrás de ellas el rostro de sus rebeldes luchadores. Fue un gesto instintivo pero astuto y homérico: hacerse "Nadie" frente a la represión.

Monimbó apeló a una tradición, pero con sentido creador. Lo hizo con ese misterioso instinto de RAIGAMBRE y CREATIVIDAD que se da en el pueblo cuando crea su folklore: y al recurrir al pasado usando sus viejas máscaras se insertó, al mismo tiempo, en el presente, apoderándose de la imaginación y del sortilegio de los Batman, los Robin y las Batichicas, que se han metido, con sus aventuras de luchadores enmascarados contra el Mal, en la mente de todos los jóvenes y niños a través del cine, la televisión y los pasquines. Monimbó fundió en un sólo símbolo y le dio razón de aventura al Toro Huaco y a Batman, al elemento tradicional y al foráneo. Por eso su recurso a la máscara prendió como pólvora entre el pueblo joven: porque mestizó la magia del pasado indio con el hechizo de la imaginación cinematográfica de hoy, pero sin quedarse en la superficie, sin quedarse en la ficción, sino haciéndolo funcional y heroico:

La máscara (con su doble hechizo) pasó a cubrir y a proteger de la represión el rostro del que lucha por su libertad. Detrás del rostro sin facciones de "Nadie", el joven siente o presiente las facciones del héroe.

Me dirán que estoy excediéndome en las interpretaciones, pero el hecho es el hecho: Asistimos a un fenómeno popular —al nacimiento de una forma nueva creada por el pueblo en su lucha libertaria— y nunca esos fenómenos se dan gratuitamente y sin causas o motivaciones profundas. Yo más bien ahondaría en la investigación del fenómeno de la máscara y me preguntaría si ella —con su rostro sin facciones personales— no nos está indicando que, muerto Pedro Joaquín Chamorro, esta hora no es hora de líderes sino de equipos, no de personalidades sino de solidaridades.

No quiero decir con esto que nuestra finalidad deje de ser el hombre, la persona humana libre y con la plenitud de sus derechos, sino que la estrategia no es ahora la de oponer un caudillo frente a un dictador, un líder frente a un tirano, sino una "Gran Alianza" como dice Tefel.

El rescate de Nicaragua, me parece a mí, pide reducir las facciones del "yo" y acentuar las del "nosotros" El líder es "Nadie", es decir: TODOS. Es la hora de "Fuente Ovejuna", la de "todos a una". La historia tiene periodos constituyentes y éste es uno de ellos: por lo tanto lo que debemos hacer brotar por el momento y para el momento es la representación y el sentimiento de "lo nacional" como asamblea y no como caudillaje.

Nada garantiza más una democracia que crearla en equipo.

PABLO ANTONIO CUADRA